Las Danzas Frenéticas ★ de los Negros ★

por

I. Pereda Valdés

Ilustración de Güida

UNA noche de verano carioca. El calor sale de la tierra como el fuego del cráter de un volcán. Todas las cosas están impregnadas de una atmósfera sofocante, irrespirable. La bahía de Guanabara allá a lo lejos como una lámina de metal indiferente acumula toda la frescura del mundo. En la plaza Once desde temprano empiezan a llegar las comparsas (blocos) de los negros. Me pierdo entre un millar de negros. Es una ola de ébano que todo lo invade.

—E tumba moleque tumba. — se oye cantar a lo lejos.

Es un coro de negros. Negras con trajes de vistosos colores. Bahianas airosas, bien plantadas, con chinelas en la cabeza, otras llevan copones de plata, símbolos de la superstición africana. Collares de cuentas de colores, con cuatro o cinco vueltas, como serpientes que parecen enroscarse y sofocar los cuellos amplios de las morenas.

Al son del monótono cantar, e tumba, moleque tumba, coreado por cien voces agudas de mujer y por los bajos profundos de las voces masculinas, sale el "malandro" a desafiar a su contrincante. El batuque es la danza del desafío. El malandro, después de mirar a todos lados, elige su víctima y le aplica la "banda" — un paso de voleo, con el que enreda o hace caer al bailarín escogido. Sigue la danza. Los negros van pasando por la ronda, miran y se quedan. Después otros vienen y se van, pero no cesa el canto y el baile hasta el amanecer. Siempre incesante, siempre monótono. No conocen el cansancio estos trompos humanos.

La danza, la música y el canto — los tres elementos del batuque, se oyen en la noche del carnaval carioca en este stadium negrero de plaza Once. Es allí donde hay que ir para apreciar la legítima danza guerrera que han adaptado de los abuelos africanos estos negros brasileros. Hay golpes secretos que pueden causar daño a los bailarines. La policía los prohibe, pero la tradición del negro, también los respeta. Esos golpes prohibidos son como aquellos que de mala ley pueden usar los boxeadores ,pero que la tradición pugilística ha ido arrojando de los rings. Lo que más interesa al negro es esa atmósfera de danza con que se embriaga. El negro quiere danzar, no pelear. El compadre está a muchas millas del negro. Quiere olvidar el dolor con la danza. Hay una canción negra que dice en su letra melancólica:

O dia e pra trabalhar
a noite pra batucar.
negro trabalha todo o dia
negro queré batucar...

El negro quiere batucar. Y los batuqueiros de plaza Once me producen esa sensación formidable de que el negro quiere olvidar con la danza su dolor de explotado, el de sus abuelos por la brutalidad del "fazendeiro" feudal, el de ahora por el industrial, esclavitud como la anterior que une al dolor de la explotación una mentirosa superioridad de razas. El negro se siente solo y danza con sus hermanos de raza y aquellos que aman sus danzas, que sienten una simpatía humana por la raza, deben ir a buscarlos a aquella plaza Once, que, por curiosa coincidencia es un barrio judío, con sinagoga y gente rubia. Mera coincidencia o es que las razas perseguidas por nuestros odios de blancos se han juntado para aislarse más aún.

Otra vez me encuentro perdido entre el negrerío.

Ahora es una comparsa inmensa que me arrastra a la deriva. No sé para dónde abrirme camino, como Dante me hallo en medio de una selva oscura. Una selva con olor a África. A mi lado una negrita cimbreante se contornea frenética. Es una danza loca de ritual. Una negra vieja me echa una mirada que parece de hechicería, como si la hubiera estudiado en la macumba. De noche tengo una pesadilla. El calor, los negros... Pasa un negro grandote con una culebra de cartón al hombro... lo tomo para un apunte.

Y es ahora, realmente, cuando veo el sentido religioso de esta procesión que empieza a desfilar ante mis ojos.

No es un simple "bloco" más o menos heterogéneo. Hay en él, en cierto modo, una estudiada organización tendiente a manifestar los distintos aspectos del alma del negro por medio de símbolos. No es un desfile: es una procesión en la que se exterioriza el misticismo salvaje. Adelante viene un grupo de cien legionarios romanos, con sus cascos característicos, sus cortas espadas y un aire solemne y majestuoso. Un negro corpulento viene detrás, con un mandoble que esgrime con ambas manos. Hace círculos en el aire, ritos de macumba cuyo significado sólo él conoce. Animales salvajes embalsamados son llevados en andas. Son los totems de las tribus adorados otrora por los abuelos de África, reminiscencias ocultas que reaparecen en carnaval, aprovechando la efímera libertad de esos cuatro días de locura colectiva. Piernas y brazos son los amuletos que aseguran la defensa contra la mala suerte, y el negro tiene tan poca suerte que busca siempre los medios de garantizarla, y cuando la encuentra la buena suerte canta, como en aquella canción americana: This is my lucky day. Los peregrinos de este rito carnavalesco llevan sublimes símbolos de flores que se mueven en el aire, como en las procesiones orientales cuando el pueblo sale para recibir al rey, y hay negras que conducen vasos sagrados en la cabeza, a manera de ofrendas de un ídolo africano. Un negro oficia de solista entonando un canto de macumba ,que tiene todas las características melódicas de los "spirituals", melodía lánguida, arrastrada, un lamento continuado en que el coro responde y el tambor marca el ritmo, mientras el conjunto de las "cuicas" alarga su quejido profundo...

—Macum bebé.
—Macum barilá.

Libros Recibidos

★

NOSOTROS (Revista de Arte y Letras). — Artículo y versos de Enrique Mallea, Fernández Moreno, Pablo Griosi, Francis de Miomandre, Angel Acuña, Isaac Carvajal, etc., y una carta de Raúl Scalabrini Ortiz.

ARTURO LORUSSO. — "Fuego en la Montaña". — (Novela). — Edit. Penla.

PEDRO COSCIA. — "Las Revelaciones Supremas". — (Prosa). — Edit. Intercambista.

SAMUEL EICHELBAUM. — "El Viajero Inmóvil".— (Prosa). — Editorial Argentino - Uruguaya.

ROBERTO VALENTI. — "Domingos del Tiempo Bueno". — (Versos). — Librerías Anaconda.